



I

Entiéndame, yo no hablo por hablar. Mis palabras no son como el aire caliente que se va para cualquier lado sin dejar marcas en la piel: soy de la negrada, lo cimarrón me corre por las venas. Aunque me vea chamaco, su merced debe de saber que tengo la sombra pesada y el tono de un lobo tan negro como la venganza. No, señor, por favor, no se me confunda, no deje que las telarañas le llenen la cabeza con malas ideas: no le estoy echando pleito, tampoco quiero hacerle boruca, namás míreme cómo estoy y luego luego se dará cuenta de lo que ya sabe desde que me trajeron aquí: no puedo hacerle nada. Sólo puedo mirarlo y dejarle la rienda suelta a mi lengua. Los malos golpes, los garrotazos, las heridas y las ataduras sobran para que me esté sosiego. De verdad, lo único que quiero es que usted sepa que mis palabras valen y que se las digo por las buenas. Por eso es mejor que nos vayamos tranquilos, como si no nos urgiera que esto se acabara: lo que tenga que pasar terminará pasando. La última rayita la pintaron allá en el Cielo, y nosotros no sabemos si ya estamos parados enfrente de ella. Su merced es un hombre de a deveras,

con canas y toda la cosa, y yo estaba a punto de serlo, na- más me faltaban dos días para llegar al día preciso, a los quince, momento en que me robaría a Liya con todas las de la ley.

Pero de lo que usted y yo sí podemos estar seguros es de que estamos aquí por puritita mala suerte: si no hubiera perdido mi machete y mi pie no me hubiera traicionado antes de cruzar el río, ahorita estaría en los cerros, escondido entre las matas y los árboles; a lo mejor hasta estaría mirán- dolos con los ojos amarillos de mi tono, esperándolos para cobrarles los días que nos tuvieron rodeados... Pero ya ve su merced, así es la vida y nada podemos hacer para cambiar- la: yo estoy aquí, golpeado y herido como si fuera una bes- tia recién cazada, amarrado como el esclavo que nunca fui, y usted está allá, sentado junto a ese señor que no deja de mover la pluma para encadenar mis palabras con su tinta. Él no sabe que de niño tuve la enfermedad del jaguar, que las fiebres me dejaron tirado mientras en el cuerpo me surgían manchas por las palabras que me llegaban del otro lado, por las voces que se unían con las del viejo Min- go para que yo supiera todo sobre los nuestros.

¿Que cómo empezó todo?, pues usted dirá cuándo y sin problema le puede poner la fecha que más le guste: el que piensa que es dueño de la vida también puede imaginarse que es amo de la verdad. Yo todavía tengo lengua para rato y le puedo contestar de dos maneras: rapidito y despacito. Si tiene prisa le digo que todo empezó hace unos meses, que allá en la sierra nos encontramos con los hombres del

cura José María, que luego luego nos levantamos contra los de Calleja, los encallejados como les dicen, y sanseacabó: el señor deja de arrastrar la pluma, usted me saca de aquí y sin más me lleva al lugar donde le están cortando el hilo de la vida a todos los que atraparon cuando se quebró la ratonera de Cuautla.

No crea que le tengo miedo a lo que me puedan hacer y que namás estoy ganando tiempo para que la calaca no me cierre los ojos: mi tono y yo nos tenemos que morir juntitos, por más que me cuelguen del pescuezo, por más tiros que le den a mi humanidad, el alma no se me saldrá del cuerpo hasta que mi lobo se muera. Él y yo nos tenemos que ir juntos para el otro lado. ¿Pero quién puede decirnos que a lo mejor estoy equivocado y resulta que sí me muero por el mecate de la horca o por los plomos al rasgarme la carne y los dentro? Si eso me pasa le quiero pedir un favor: no sea mala persona y mándele mi cuerpo al cura José María, dicen que con él anda un niño que puede resucitar a los muertos y soñar lo que pasará mañana. Si usted me hace esta caridad yo no le cobraré las afrentas que me hicieron los suyos, tampoco lo andaré buscando para presentarle a mi machete..., no, nada de eso; es más, si me muero nunca me le apareceré por las noches, ni me sentaré sobre su cuerpo cuando esté dormido.

Si su merced me tiene esa buena voluntad, mi sombra será buena con su persona; quién quita y hasta lo cuide en los momentos de peligro. Piénselo, ni usted ni yo tenemos la vida comprada. En esto de la guerra puede pasar cualquier cosa..., un tiro, un machetazo, un puntazo en el costado, una puñalada en una mala parte.

Pero también puedo contestarle con calma y decirle todo: lo que usted quiere oír y lo que no quisiera escuchar. Todo depende del tiempo que tenga... Y, pues, si así lo quiere su merced, así será, y así seguiremos hasta que me llegue la hora o hasta que su merced se aburra y me mande a la fila de los condenados a muerte.

II

Los abuelos de los abuelos de mis abuelos fueron los primeros que llegaron. El viejo Mingo conoció a mi tata, muerto en los cañaverales, y me contó algunas de sus historias para que nunca se me borraran de la memoria, para que siempre pudiera saber quién soy: un cimarrón por los cuatro costados. Mientras se acariciaba las barbas que le enmarcaban de blanco su cara de cuculuste, me contaba que ustedes los encadenaron en un lugar que está donde se termina el mar y donde viven animales que aquí jamás no se dan: bestias tan grandes como montañas, con cueros de piedra y colmillos del largo de una vaca de buen tamaño; bestias que se tapan con sus orejas cuando les da frío y que nada más tienen una cría cada trescientos años, porque son como Adán y Eva antes de que conocieran el pecado. Allá también hay caballos rayados que no se pueden montar ni domar, bichos con el cuello más largo que una catedral, caimanes hambrientos que hacen que los de acá parezcan lagartijas, y culebras enormes que se pueden tragar a un hombre de un solo bocado. Así era allá: la tierra era buena, el agua sobraba y la gente comía

cosas que acá no se ven ni se han visto. Allí vivía mi gente hasta que ustedes llegaron con sus barcos, con sus armas y sus cadenas.

Mingo decía que los nuestros no se dejaron ni se rindieron de buenas a primeras —a lo mejor de ellos nos viene la sangre caliente—. Se les enfrentaron con todo lo que tenían, pero nada pudieron hacer para derrotarlos: los suyos tenían la sombra muy pesada, conocían las malas artes y, para acabarla de amolar, más de una vez les ayudaron los principales de los pueblos, que eran enemigos de mi gente. Ustedes nunca actuaron solos, siempre encontraron un negro coronado que estaba dispuesto a vender a sus contrarios.

Los míos fueron vencidos: al final, las armas y la traición les dieron la victoria a los blancos. Cuando los últimos defensores murieron atravesados por sus tiros y picas, ustedes empezaron a ponerles cadenas a los más jóvenes, a los más fuertes... No querían viejos ni niños, las muchas mujeres estaban de más, aunque allá, del otro lado del mundo, los negros pensaban que eran buenas para el trabajo. Sólo unas cuantas subieron a los barcos. Ustedes, los blancos, sólo querían gente que pudiera aguantar el viaje y fuera capaz de partirse el lomo en estas tierras.

Los dentro de los barcos estaban llenos, más de trescientos negros se apelotonaban y se enfrentaban para conseguir un poco más de comida, de agua casi podrida por tanto tiempo de estar guardada en las tinajas. Muchos no aguantaron el encierro, no resistieron los malos aires que

traían las fiebres y las enfermedades de las tripas que se comían los cuerpos: los que tenían la sombra débil y los cobardes fueron los primeros que se largaron para el otro lado. A ellos les dio miedo seguir adelante, los latigazos les dolieron antes de que se los dieran y la tristeza les arrugó el alma antes de que divisaran la nueva tierra. Sus cuerpos tiesos se quedaban días y días junto a los vivos, sólo los sacaban cuando la jediondez ya no se aguantaba. Y ustedes, sin miramientos, los tiraban al mar para alimentar a los monstruos que allí viven. Sus almas no tuvieron descanso, nadie les rezó ni les dijo un rosario, tampoco les tocaron su música ni echaron cuetes para avisarle al Cielo que ya se iban para allá; el agua namás se los tragó. A lo mejor por eso dicen que en el mar hay demasiada niebla: son los espíritus de los míos que andan vagando sin encontrar consuelo.

Y así, después de muchos años de andar entre las olas, a esta tierra llegó el abuelo del abuelo de mis abuelos. Mingo nunca supo su nombre, por eso yo no sé si él se llamaba Cacho o Nicho, Chemo o Chalo, Monche o Ñeco. Lo que sí sé es que a él y a los suyos los treparon en una tarima para que ustedes pudieran revisarlos como si fueran vacas recién traídas de la ranchería: los obligaban a pelar los dientes para ver si los tenían completos, les tocaban el cuerpo para sentir su fibra, les escudriñaban los ojos tratando de encontrarles la ponzoña que podía matarlos con un mal que todavía no se mostraba. Ninguno de ustedes los miró como si fueran personas, ni siquiera los ojearon como si fueran buenos caballos: los negros costábamos menos de 400 monedas de plata.

Mingo dice que los blancos están convencidos de que nosotros estamos malditos, que cuando los tiempos apenas empezaban un señor se emborrachó y se quedó tirado, entonces uno de sus hijos se burló de él. Según sus palabras, ese hombre —que era uno de los principales de su pueblo— lo maldijo, lo acusó con Dios y el muchacho se volvió negro. Y ya ve, ustedes dicen que estamos malditos, que Dios no nos quiere, que no tenemos alma porque el Señor nos la quitó por burlarnos de nuestro padre, y que además por eso somos como los animales que se pueden comprar y vender, que somos como las bestias a las que se les puede pegar sin que el dolor les quede marcado en la memoria. Pero nada de eso es cierto: a nosotros no se nos olvidan los malos tratos, los llevamos labrados en la espalda. No somos como los perros buenos, a los que se les pega y luego luego regresan moviendo la cola.

Uno de ustedes compró al abuelo del abuelo de mis abuelos y lo trajo a la tierra caliente, a los plantíos donde las cañas parecen un mar que hace olas verdes cuando sopla el viento. Ahí empezó a trabajar y conoció el látigo que le marcó la espalda. Estoy seguro de que la suya era igualita a la de mi papá Bucho: grabada con los gruesos verdugones que le nacieron por un momento de descanso, por una falta inventada o por el coraje del mayordomo que un día se levantó de malas. Quién quita y él en verdad se parecía a papá Bucho, quién puede decirme que él no era delgado, corrioso, con los ojos oscuros rodeados por el amarillo que los hace verse más fieros.

Allá, en los campos de la hacienda, el abuelo del abuelo de mis abuelos conoció mujer: estoy seguro de que también era negra, porque la esclavitud nos viene por la sangre de nuestras madres. La verdad es que no sé si se querían, si él la convenció con sus palabras, si se la robó como Dios manda o namás la pidió como si fuera una perrita; tampoco sé cuántos hijos tuvieron y mucho menos pude enterarme de cómo se murieron. Yo he querido soñarlos, pero mi sombra no puede encontrarlos en las noches y sólo oye las voces que vienen del otro lado, las palabras que me dicen verdades y curan a los que las oyen; pero de ellos nada se advierte, apenas se escuchan unos murmullos ahogados por el tiempo. A lo mejor nunca los bautizaron y por eso están en el lugar del silencio, de la oscuridad que nunca se acaba. No sé, quién quita y por eso no puedo soñarlos.

Los años pasaron y los días siempre fueron iguales: la faena, el látigo, el hambre, el dormir sin sueños en un jacalón tembeleque o una casa redonda que levantaron a fuerza de rogarle a los amos. Pero a veces la vida no era tan mala: ellos, como todos los negros de tierra caliente, tenían unas tierritas que les prestaban sus dueños para que sembraran, para que completaran lo que les daban a sus tripas y, si por un milagro algo les quedaba, lo vendían o lo cambiaban para conseguir lo que deseaban: una medallita con una Virgen, unas brillantes arracadas, una tela de colores fuertes. Y con ello, poco a poco se les fue acobardando la sombra: después de tanto tiempo ninguno tenía el coraje para sublevarse, para levantar los ojos y agarrarle la mano al mayordomo, para huir a la sierra con los negros que se escapaban de las haciendas para volverse

cimarrones. Apenas se largaban unos días y luego luego volvían con el rabo entre las patas: no podían sobrevivir en el monte y, sólo por eso, los latigazos eran mejores que la muerte en la espesura.

Y ya ve su merced, si las cosas hubieran seguido así, yo no estaría aquí, pero papá Bucho se enamoró y todo cambió para siempre.

Cuando papá Bucho tenía catorce, los mismos que dicen que ahora tengo, empezó a divisar a mi mamá. Más de una vez le dieron un cuerazo en el lomo por andar viéndola con disimulo para que nadie descubriera dónde tenía clavados los ojos. Siempre le pegaron por perder el tiempo, nunca por lo que alcanzaba a ver con el rabo de la mirada: ella, cuando el sol le daba de espaldas, era una sombra larga y delgada que sostenía una olla en la cabeza. La veía y la veía y no sabía si debía acercársele: si ella le decía que sí y se juntaban para siempre, ellos terminarían teniendo un crío que sería esclavo en la hacienda. Eso no le cuadraba a papá Bucho. Él, a pesar de lo que le decían sus mayores, siempre quería andar suelto, sin agarraderas; quería llenarse la cabeza y los ojos de mundo, trabajar en lo que quisiera y sin que nadie lo amenazara con el látigo. Papá Bucho siempre quiso meterse de arriero, caminar junto a las mulas de un lugar a otro, ver lo que nunca había visto y oír lo que nunca había escuchado. Él quería ser como un suspiro que se va para ningún lado y no conoce el sosiego.

Pero su merced ya sabe lo que siempre pasa en estos casos: las ganas son del diablo y papá Bucho le habló quedito,

le dijo palabras mágicas, dulces como el piloncillo, y mi mamá namás agachó la mirada para que él no se quedara ciego por la luz de su sonrisa. Apenas platicaban y no podían mostrarse frente a todos. Lo suyo era un secreto. A lo más, cuando estaban en el campo, ella le rozaba el cuerpo como que no quería la cosa y él hacía lo mismo mientras caminaba con su machete entre los surcos de las cañas.

Nadie debía saber lo que pasaba: ustedes se hubieran burlado de ellos y seguro que se hubieran puesto hartos contentos porque nacería una nueva bestia para el trabajo. Pero ¿quién sabe lo que pensaron los nuestros?, a lo mejor no se imaginaban que sus amoríos sí estaban bien, o a lo mejor se les metió en la cabeza que lo de mis padres estaba mal. Vaya usted a saber lo que les pasaba por la sesera a los viejos que tenían la sombra perdida y el corazón triste. Ni siquiera el viejo Mingo se acordaba de lo que decían cuando mis padres se estaban agarrando querencia, los años le han ido robando los recuerdos: a ratos, en su cabeza, sólo mandan las tinieblas.

Y bueno, pues pasó lo que tenía que pasar: ellos se juntaron de buena manera y se fueron a vivir con los mayores de mi papá Bucho. Ahí estuvieron y ahí se quedaron hasta que yo, como un ajolotito, empecé a vivir dentro de mi madre. El tiempo de volverse un matrimonio de a de veras llegó con todas las de la ley: yo era la prueba de que eran marido y mujer.

Cuando ellos anunciaron que mamá me estaba esperando, los mayores les dieron sus bendiciones y el viejo Mingo los estrechó con sus brazos y su alma. El cura no se preocupó por ellos, no les hizo la señal de la cruz y tampoco les